



Estimados hermanos, religiosas y amigos todos de la Familia de los Siervos:

Con estas líneas quiero hacer llegar a cada uno de ustedes mis mejores deseos para esta Navidad, invitándoles a poner la mirada sobre tres personajes que podemos encontrar en el “*nacimiento*” y meditar en ellos; no precisamente hablo del recién nacido, Jesús y de sus padres, María y José; me refiero más bien a aquellos personajes que hacen su aparición el día 6 de enero. Como habrán ya advertido, hablo de los magos que vienen de oriente y que son mejor conocidos como los tres *Reyes Magos*.

En algunas representaciones artísticas del “*nacimiento*”, diversos autores los han mostrado simplemente como a tres hombres exhaustos pero muy felices por haber llegado después de un largo y cansado viaje, al lugar indicado donde adoran al recién nacido, Jesús. Otros artistas presentan a los *santos Reyes* como a tres hombres de distintas razas y color (de piel blanca, morena y negra) que hacen referencia a los tres continentes que al momento se conocían: Europa, Asia y África. Todavía otros los

muestran como a hombres de edades diferentes que representan las tres fases principales de la vida humana: la juventud, la edad adulta y la vejez.

Ahora recuerdo una de estas representaciones del “*nacimiento*” donde el artista propone hacer una lectura maravillosa de las distintas edades del ser humano y de su dinámica existencial a través de las imágenes de estos personajes, los *Reyes magos*, y que trataré compartir brevemente con ustedes.

En tal representación, el artista coloca la imagen de un joven rey lejos de las figuras de Jesús, María y José. Este rey todavía no ha llegado. Está muy retirado de la escena principal de tal manera que precisamente para darse cuenta de su presencia, es necesario buscarlo con atención. El joven rey está ocupándose de los caballos y de los camellos de la comitiva que lo acompaña y su corona cuelga en la cabalgadura de su caballo. Su mirada solamente está dirigida de manera vaga hacia la escena central del “*nacimiento*”. Para él, por el momento, el bienestar de sus caballos y camellos es más importante que el niño recién nacido y que sus padres que están con él. En nuestros días, tal vez este joven rey estaría más interesado en un auto o en una motocicleta último modelo.

Enseguida coloca un segundo rey que representa la edad adulta y que tiene dirigida su mirada hacia la escena central del “*nacimiento*”, poniendo particular atención en la madre María y en su hijo Jesús. Este rey está de pie, erguido como una columna, tiene colocada su corona en la cabeza y entre sus manos un regalo. Es tarea de los de su generación ejercitar el servicio de guía (simbolizado por la corona) y cumplir con su trabajo (simbolizado por el regalo entre sus manos). Por el momento debe concentrarse sólo en esto, pues es su prioridad servir y ejercer la autoridad, todo lo demás será consecuencia. Su mirada está dirigida hacia el niño que ha nacido, pero con mayor atención está dirigida hacia otro personaje: mira al rey de mayor edad.

El rey anciano, representado con muchos años encima, se encuentra postrado ante el niño Jesús. De los tres reyes, es quizá este último quien por su edad, debiera tener mayor dificultad para hincarse,

sin embargo es el único que lo hace. Ha colocado con descuido en el suelo y junto a él el regalo que traía; no obstante fuera precioso, esto no le importó. Así también, está representado con la cabeza despojada de su corona y más bien colocada en el suelo; esto igualmente no fue importante para él. Todo esto muestra que para el rey anciano, su fuerza no radica en el poder sino en el reconocer (es el don de la sabiduría). Él ha reconocido en aquel recién nacido a su Salvador, el verdadero Rey de este mundo. Está postrado delante del niño intentado besar su pequeño pie. Sólo esto cuenta, sólo esto es importante para él. Esta es la escena que el rey de edad adulta observa con tanta atención y probablemente con escepticismo, casi preguntándose cuál será su futuro.

Como prior general he encontrado durante mis visitas, a muchos hermanos nuestros que me hacen pensar en este rey anciano y a quienes yo me acerco siempre con gran respeto. Son aquellos hombres y mujeres que dan testimonio de haber llegado espiritualmente a Dios a través de una presencia silenciosa y orante; son aquellos que se sienten seguros en Él; son quienes logran mirar su vida pasada con gratitud y sin melancolía, quienes hacen con agrado un recuento de los muchos servicios que han realizado como guías de otros. Si bien muchos de ellos están todavía activos no obstante su edad avanzada, se puede percibir que su servicio y muchas de sus actividades no tienen ya la centralidad en sus vidas que tenían antes. Ahora lo que tiene valor y es importante en sus vidas es Dios, es el haberlo buscado y haberlo encontrado, es el tener la posibilidad de poder ponerse de rodillas ante Él en espíritu, con una actitud de adoración y de agradecimiento.


Naturalmente soy consciente que el comportamiento del rey anciano descrito anteriormente no está limitado a una etapa concreta de la vida. Entre nosotros también hay hermanos de edad joven y adulta que han aprendido a abandonar las cosas secundarias y darle a Dios la primacía en sus propias vidas. Pero también, hay que decirlo, hay hermanos de edad adulta que sueñan todavía en la juventud; de ellos esperamos que experimenten momentos definitivos de crecimiento. En fin, encontramos también hermanos ancianos que aún no quieren o no pueden –a causa del poco personal en muchas de nuestras jurisdicciones– deponer la corona del servicio y de la autoridad.

Pero para todos nosotros, una sola cosa debe verdaderamente ser vital: ir aprendiendo a dar una justa prioridad a las cosas a lo largo de los años de nuestra vida. Continuemos pues, a realizar con fidelidad las cosas que nos han parecido importantes pero con la mirada y la fuerza de quien aprende a reconocer y a poner cada cosa en su justo lugar, es decir, colocar todo en un segundo plano en relación a Dios, ya que solamente Él debe tener la primacía en nuestra vida. El comportamiento del tercer rey, aquel del hombre sabio, es la manera real y auténtica para alcanzar el verdadero objetivo: Dios, permaneciendo delante de Él con actitud orante y de agradecimiento.

Estimados hermanos, religiosas y amigos todos, mi deseo para esta próxima Navidad es que el niño Jesús que contemplamos en el pesebre, nos recuerde a todos el objetivo de nuestra vida: el encuentro con el Señor a través de nuestra vocación, donándonos abundantemente su gracia para que con nuestra humanidad y debilidad, podamos estar cada vez más cerca del objetivo final de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor.

De todo corazón y a nombre de los miembros de la comunidad de la curia general de San Marcelo en Roma, les deseo una muy ¡feliz Navidad y un próspero año nuevo!



  
fray Gottfried M. Wolff, O.S.M.  
Prior general